

La adopción de Vero había hecho víctimas; la de Antonino no hizo más que descontentos, entre los cuales se contaba el prefecto de la ciudad, Catilio Severo, que se había preparado las vías al imperio. El caso era grave, porque Severo dominaba á Roma con sus cohortes, al senado con sus relaciones, y su dignidad le aseguraba en realidad el primer rango en el imperio, después del emperador. Las recientes severidades le habían dado prudencia y sus manejos no fueron muy allá; por lo demás, todo quedó reducido á su destitución, lo cual no fué una medida demasiado rigorosa (1). Pero esta indulgencia sólo sorprenderá á los que por vagas acusaciones creen en la crueldad de Adriano.

Arreglados los negocios de Estado, quiso el príncipe terminar los suyos. En su enfermedad, padecía cruelmente y pedía con instancia un veneno ó una espada, y como en esto nadie le obedecía, se lamentaba de no ser libre de quitarse la vida, cuando tenía aun para los demás el poder de dar la muerte. Murió el 10 de julio de 138, burlándose de los médicos, de los que nadie se ríe sino en buena salud.



Elio Vero Cesar
(Gran bronce, Cohen, núm 52)

Creemos haber puesto en su verdadero punto de vista la figura original de este príncipe y haberle restituído la fisonomía que sus torpes biógrafos no supieron trazar. Así aquel pacífico príncipe, que durante un reinado de veintitún años, no hizo una sola guerra, es de todos los emperadores el que mantuvo en las legiones la más rigurosa disciplina y en el Estado la más profunda paz. Aquel ateniense á quien no se pasa cierto vicio del tiempo, pero á quien se pasaría de buen grado alguna molición, era más sobrio que Catón. Aquel viajero que no parece preocupado más que de la belleza de los sitios y de los monumentos, aquel filósofo que se complace en las discusiones de escuela, miraba á todo; á la administración civil, á la administración militar y en todo ponía un orden excelente.

Se le acusaba de vanidoso y desdeñó los títulos y las pompas; envidioso de todos los talentos y les suministró más ocasiones de producción que ningún otro; literato irascible y celoso, y honró á los literatos y pensionó á los sabios. En fin, si la historia tuviera el medio de comprobar ciertos actos crueles, que se le imputan, no tendría probablemente que mostrar en él más que al justiciero.

Por el monumento de Lambesa, por Dion Casio y Eस्पarciano, sabemos lo que pedía á sus soldados; por el *Periplo* de Arriano, lo que exigía de sus capitanes; por la *Poliorcética* de Apolodoro, lo que esperaba de sus ingenieros; por las inscripciones, por las medallas, lo que se imponía á sí mismo en punto de solicitud y vigilancia para las provincias.

Pausanias nos ha mostrado cómo embellecía las ciudades, y la muralla caledonia de qué modo defendía las fronteras. Los senadoconsultos conservados en el Digesto nos dan el espíritu de su legislación, y el rescripto sobre los cristianos un ejemplo de sabiduría política. En fin, recordando que hizo además una importante reforma de gobierno y una codificación de las leyes romanas, hay que recono-

(1) Se habla de otros individuos, cuya ejecución ordenó Adriano y que Antonino salvó. La adopción es del 23 de febrero y la muerte de Adriano del 10 de julio. Pero hasta el último momento conservó toda su clara inteligencia, y es difícil admitir que si en estos cuatro meses y medio hubiera pronunciado alguna sentencia de muerte, no se hubiera ejecutado.

cer en él la fecunda actividad de una inteligencia superior y no la estéril agitación de un espíritu inquieto.

Su reinado marca, entre los de Augusto y Constantino, la segunda edad de la monarquía imperial, la que fué al mismo tiempo la más brillante y feliz. Tenemos la prueba de ello en las construcciones que se ven aún en el desierto de Siria y hasta en los oasis africanos. Aquellas columnatas sin fin, aquellas calles monumentales, aquellos restos de templos gigantescos, y las majestuosas ruinas de Palmira, de Baalbeck, de Gerasa, etc., que son de la edad de los Antoninos, fueron obra de un pueblo rico y feliz.

«Después del terror del año mil, dice un escritor de la Edad media, volviendo la confianza y la seguridad, se puso manos á la obra en todas partes para reedificar las basílicas y el mundo vistió la alba túnica de la Iglesia.»

Lo mismo había sucedido en el imperio y por causas análogas. Aquella florecencia del arte, que se abrió en monumentos espléndidos, desde las orillas del Ródano hasta las del Eufrates, fué producto de la paz romana. De dos siglos atrás, no había ya guerras extranjeras, ó á lo menos graves inquietudes en las fronteras; en el interior, salvo los desórdenes que siguieron á la muerte de Nerón, se acabaron las guerras civiles, como en las ciudades los tumultos. Dócilmente ligado al orden social por los beneficios de la clientela, á sus instituciones municipales por los hábitos de beneficencia ó las vanidosas liberalidades de los ricos, al imperio por el bienestar que debía al desarrollo de la industria, del comercio, de los trabajos públicos y de la colonización, el populacho no pensaba en turbar la doble aristocracia de la sangre y del dinero, que ocupaba los altos cargos, pero pagaba el rescate de su poder y de su orgullo.

El reinado de Adriano es el punto culminante de esta prosperidad, en que, á él gracias, pudo su sucesor retener el mundo; y contra el hábito, los contemporáneos, sino en Roma, á lo menos en las provincias, tuvieron el sentimiento de ello y se mostraron reconocidos. Entre las mil docientas medallas que se conocen de Adriano, gran número fueron debidas á las lisonjas oficiales; pero puede decirse que algunas de ellas no reflejaban la opinión verdadera de las poblaciones, como por ejemplo las que llevan la leyenda *Felicitati Aug.* En una de estas monedas, Adriano y la Felicidad pública se dan la mano; en otra la Alegría, *Hilaritas P. R.*, representada por una bella joven, separa con ambas manos el velo que le cubría el rostro, á fin de ostentar el júbilo del pueblo romano; graciosos símbolos en que no todo era mentira.

¿Habría podido hacer más Adriano? Hemos argüido al primer emperador, cuando era el árbitro del mundo, de no haber dado á su imperio la forma de una pirámide inmóvil, construyéndolo con sillares sobrepuestos: en la base, las curias de ciudad con la libertad municipal; por encima, las asambleas de provincia con poderes efectivos; más arriba, el senado en estrecha relación con la aristocracia provincial y saliendo de ella; en la cúspide, el emperador cubierto y contenido por instituciones monárquicas.

Adriano pudo también realizar lo que Augusto no se atrevió á acometer, y con mayor facilidad, puesto que conocía mejor las provincias, tenía más popularidad, y las mismas provincias contaban entonces más ciudadanos romanos que antes. Pero no tuvo más que el vago sentimiento de esta necesidad, y sus instituciones tendieron solamente á poner en el gobierno más orden y justicia, sin quitar nada al poder absoluto; de manera que después como antes de él, la fortuna del imperio dependerá de las virtudes del emperador.

En este concepto, se confunde Adriano con sus predecesores, de los cuales ninguno había sabido ver que los pueblos que han conocido la libertad, siquiera un solo día, bien pueden consentir en abandonar en manos del príncipe el poder público, cuando en cambio reciben el orden; pero que se rebelan cuando tienen que abandonar también los intereses de ciudad y de provincia.

Así, pues, la indiferencia de las poblaciones sucederá muy luego á su amor, y cuando vengan los días aciagos, no tendrán más abnegación que fuerza para defender un imperio, que después de haberles quitado su libertad política, acabará por quitarles su libertad civil.

Sin embargo, no puede exigirse de un hombre que haya sido un poderoso reformador; y es justo limitarse á examinar cómo ha vivido en el medio en que se hallaba colocado y qué partido supo sacar de las circunstancias que la

historia había producido. De este modo, á pesar de su imperfecto ideal de gobierno, Adriano quedará como un gran príncipe. Y si se me preguntara qué emperador hizo más bien, quién merecía más ser imitado contestaré: «Este príncipe inteligente y firme, sin cobardes complacencias con los soldados ni con el pueblo, que tenía tolerancia para las ideas y no la tenía para los abusos; que hizo reinar la ley y nunca la arbitrariedad; que constituyó un ejército formidable no para inútiles conquistas, sino para que á su sombra fecundara el genio de la paz todas las fuentes de la riqueza pública; que tan previsora en la última hora, como hábil durante su reinado, aseguró al mundo romano dos generaciones de excelentes príncipes.» Cuando la gloria de los príncipes se mida por la felicidad que hayan dado á sus pueblos, será Adriano el primero de los emperadores romanos.

CAPÍTULO LXXXI

ANTONINO Y MARCO AURELIO (138-180).

I. — ANTONINO (138-161).

«Hubiera deseado, dice uno de nuestros antiguos cronistas, que me hubiera cabido en suerte una elocuencia semejante á la de los antiguos; pero difícilmente se saca agua de una fuente que se agota. El mundo envejece, la sagacidad se embota, y ningún hombre de esta edad podría semejar á los oradores de los pasados tiempos.»

Esta tristeza convendría á los compiladores de la *Historia Augusta*, porque no tienen el fuego que calienta y alumina, ni el paciente valor de los que saben á lo menos reunir materiales para otros más hábiles. La biografía de Antonino Pio escrita por Julio Capitolino, es todavía más deficiente que la de Adriano por Eस्पarciano. En algunas páginas encierra la historia de un reinado de veintitres años y se reduce á decir de este emperador estas solas palabras que son bastantes para su gloria, pero muy pocas para nuestra curiosidad: *transiit benefaciendo*, pasó haciendo bien (1).

Desde el tiempo de Jifilino se había perdido el capítulo en que Dion Casio refería la historia de este príncipe, y si se quiere juzgar lo que valen los *abreviadores*, que son ahora nuestro principal recurso, léase á Aurelio Víctor sobre la adopción de Antonino. Entonces se comprenderá que semejantes escritores nos hayan traído naturalmente el recuerdo de los cronistas de la Edad media, y no se extrañará que hayamos llevado audazmente la crítica en medio de estas pueriles narraciones:

«Adriano convocó el senado para crear un César. Cuando los senadores acudían á la asamblea, vió por casualidad el emperador á Antonino, que daba el brazo á un anciano de paso vacilante, que era su suegro ó su padre. Penetrado de admiración á vista de esto, hizo Adriano cumplir las ceremonias para la adopción de Antonino como César y ordenó la muerte de los senadores que lo habían puesto

(1) Su primer nombre era Tito Aurelio Fulvo Boyonio Arrio Antonino; después de su advenimiento se llamó T. Elio Adriano Antonino Pio. Había nacido el 19 de setiembre del 86, en la villa de Lannuvio. Para los fastos consulares de 138-147, véase Lacour-Gayet, primer tomo de las *Misceláneas (mélanges)* de la Escuela francesa de Roma.

en ridículo. Después de su muerte, insensible el senado á los ruegos del nuevo príncipe, se negó á conceder á Adriano los honores de la apoteosis; ¡tan afligido estaba por la pérdida de tantos colegas! Pero cuando de pronto vió reaparecer sanos y salvos á los mismos cuya muerte deploraba, después de abrazarlos, acabó por conceder lo que al principio había negado.»

He ahí pues los ridículos cuentos que la malignidad había hecho circular y el vulgo necio aceptaba, dándonos ahora la medida del respeto debido á semejantes autores.

Los mayores de Antonino originarios de Nimes (2) habían ejercido en Roma los más altos destinos y en ellos se habían hecho notables por la dignidad de su conducta. Cinco veces se habían llevado á su casa las fasces consulares; se decía de su padre que era un hombre íntegro y de puras costumbres, *homo castus et integer*, y de su abuelo, que no se le hubiera podido hacer un reproche, *homo sanctus*. Este último, Arrio Antonino, era aquel amigo de Nerva, que compadecía al viejo consular por haber trocado su condición pacífica por la de emperador.

Antonino heredó estas virtudes y esta moderación. Fué cónsul (120), procónsul de Asia (128 ó 129), juez (*judex*) de una de las cuatro provincias italianas y miembro del consistorio imperial; funciones que prueban, que hacía mucho tiempo que Adriano había fijado en él su atención. Su esposa la primera Faustina le había dado cuatro hijos, dos de ellos muertos antes de su advenimiento. De sus dos hijas, perdió una durante su proconsulado de Asia, y la otra fué la segunda Faustina, que se casó con Marco Aurelio.

Buen administrador de su patrimonio, aumentó Antonino su hacienda, no por medio de la usura, pues prestaba á menos del tipo legal, sino con discreta economía; empleaba sus ahorros en ayudar á sus amigos, más bien que en sus placeres, y una vez ya príncipe consagró sus rentas á las necesidades del Estado.

A su advenimiento rehusó el *aurum coronarium* que Ita-

(2) Desde el tiempo de Tiberio tenía esta ciudad el *nus Lattii*, lo que daba el derecho de ciudadanía romana á todos aquellos habitantes que habían ejercido en la ciudad un cargo municipal.

lia quería darle, y sólo tomó la mitad de lo que las provincias le ofrecieron: de modo que se vió obligado á suplir con sus propios bienes parte de las gratificaciones debidas, en estas circunstancias, á los soldados y al pueblo.



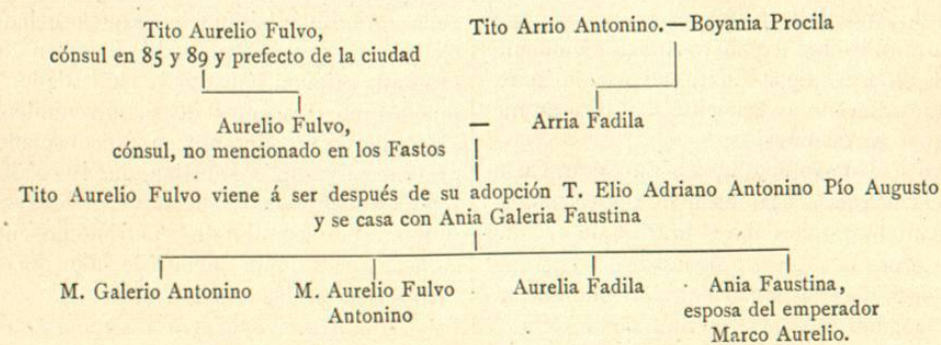
Galerio Antonino, hijo de Antonino Pio y de la primera Faustina (1)
(Capitolio, Sala de Emperadores, núm. 40)

Tenía buen gusto y elocuencia, y gobernaba su espíritu como su casa en guisa de amo que lo quiere todo bien ordenado. Escuchaba mucho, deliberaba detenidamente, y una vez tomada la resolución, persistía en ella con firmeza: sólo á esta condición se gobierna bien. Estimaba la popularidad en lo que vale, sólo obraba con la mira del deber y se curaba poco de lo demás: era un sabio.

Tenía, sin embargo, un defecto enojoso para un príncipe: pararse en cosas pequeñas: hubiera querido partir un comino, y sobre esto se decía que era avaro; pero lo decían las malas lenguas: era como el rescate de su buena reputación. En el consejo opinaba siempre por las resoluciones más blandas, y durante su reinado conservó esta buena predisposición á hacer gracia; virtud real, cuando se trata de perdonar una ofensa al príncipe, pero peligrosa si esta bondad debilita la autoridad de la ley.

(1)

CUADRO GENEALÓGICO DE LA FAMILIA ANTONINA



(2) Nueve veces, durante su reinado, los doscientos mil ciudadanos que tomaban parte en las distribuciones públicas, recibieron tres ó cuatrocientos sestertercios cada uno (Eckhel, t. VII, p. 11, 27), ascendiendo el gasto á 640 millones de sestertercios (Chron. ed. Mom. p. 647). A pesar de estos donativos y otras liberalidades, á pesar de los gastos del Estado, que sólo para el ejército se elevaban acaso á 250 millones de francos anuales, dejó Antonino un tesoro de 2,700 millones de ses-

Como todos los que llamamos *Antoninos*, vivió menos como emperador que como rico particular, sufriendo la libertad de palabra de sus amigos y aun las violencias del pueblo. Durante una carestía, hubo de apedrearlo la multitud y él contestó con un discurso. Admiraba una vez en casa de un familiar suyo ciertas columnas y preguntó de dónde le habían venido. «Cuando entres en casa ajena, has de ser mudo y sordo,» le contestó brutalmente el otro. El emperador no se enojó, sin embargo.

Al llegar á Esmirna, como procónsul por Adriano, fué á parar á casa del retórico Polemón, entonces ausente. Llegada la noche volvió el sofista á su casa y habló tanto y tan mal del embarazo que se le causaba que Antonino desalojó su habitación en aquel punto. Algunos años después fué un actor á quejarse de que Polemón, presidente de los juegos olímpicos, lo había echado del teatro en medio del día. «¡Dichoso tú! contestó el príncipe; á mí me echó en medio de la noche.» En otra ocasión, se indignaban los cortesanos de ver á Marco Aurelio llorar á su preceptor muerto. Antonino los reprendió vivamente: «Permitidme que sea hombre, les dijo, porque la filosofía ni el imperio deben secar el corazón.» Más de una vez se le oyó repetir que quería conducirse con el senado, como había deseado, siendo senador, que se condujeran con él; pensamiento que parecía el anuncio del gran principio moral que Alejandro Severo escribirá en las paredes de su *lararium*: «No hagas á otro lo que no quisieras que te hicieran á tí.»

Tendríamos que referir muchos actos de su munificencia, muchas liberalidades hechas por él á particulares, al pueblo de Roma (2), á las ciudades de provincias, que recorrió ó embelleció: vemos, en efecto, por multitud de inscripciones que siguió el ejemplo de su predecesor (3). Todo esto es excelente, y sobre este punto no hay que regatearle alabanzas; pero ¿estuvo el príncipe al nivel del hombre?

La contestación es difícil; porque si los elogios unánimes que ha recibido por su buen corazón, nos permiten darle entre los paganos el lugar de San Luis entre nuestros príncipes, su historia política es tan oscura, que se presenta á nosotros, como jefe de imperio, con una figura medio borrada, cuyos contornos se pierden en las sombras.

Tenía cincuenta y dos años, edad que da la plena madurez, sin quitar aun la actividad de la fuerza. La actividad de Adriano había parecido á veces inquieta y ruidosa; la de Antonino era silenciosa y discreta. Su predecesor estuvo

tercios, ó de quinientos á seiscientos millones de francos (Dion, LXXIII, 8); lo que quiere decir que la situación financiera era excelente, pues durante los veintitrés años de su reinado, el presupuesto imperial debió cerrarse con un excedente de ingresos de 25 millones de francos.

(3) Así, Antonino acabó el acueducto comenzado por Adriano en la nueva Atenas (C. I. L. t. III, núm. 549).

siempre en marcha; durante más de un cuarto de siglo, no abandonó Antonino á Roma ó sus cercanías ni un día siquiera, salvo su rápido viaje al Asia. Al belicoso Trajano había sucedido un príncipe pacífico; al emperador nómada sucedió un príncipe sedentario.

Es la ley de los contrastes, que agrada á los pueblos,



Faustina, esposa de Antonino Pio (1).

como á los artistas. Algunos inconvenientes de un régimen ocultan á los ojos de la multitud sus ventajas, y se lanza uno á otro sistema por la sola razón de que gusta cambiar.

Adriano había muerto muy impopular para el senado: ya hemos visto que los reproches que se le han hecho provienen de la sorda irritación de los Padres contra un príncipe cuya corte errante llevaba lejos de ellos el esplendor y la realidad del gobierno, de modo que la nonada de su autoridad, ni aun se ocultaba detrás de las apariencias. Querían negarle la apoteosis, es decir declararlo tirano y anular sus actos. Antonino se negó á hacerse cómplice de esta iniquidad, que por otra parte hubiera invalidado sus derechos. Sus ruegos acaso no hubieran triunfado de la mala voluntad de aquellos senadores mezquinamente rencorosos, si detrás del príncipe bondadoso, no hubieran descubierto un orador más que persuasivo, el soldado, que no estaba en ánimo de tolerar que se ultrajara la memoria del jefe á quien había amado. Según Dion, toda oposición cedió ante el temor del ejército.

Con esto, Adriano fué puesto en el número de los dioses, y Antonino le erigió un templo en Puzolo, puso flamines á su servicio é instituyó en su honor un concurso quinquenal. La apoteosis y el templo eran para el príncipe difunto cuestión de etiqueta imperial. Estos honores tributados á la memoria de Adriano no merecían pues por parte del nuevo emperador que los senadores le concedieran el sobrenombre de *Pio*; pero como habían empleado con los otros todos los epítetos de la lengua, no encontraron más que éste disponible; luego, no habiéndose asociado el príncipe á su odio contra Adriano, asociábanse ellos, dándole

(1) Busto del Capitolio, Galería, número 2.

TOMO II

este título, á su respeto filial. Esta hábil estrategia de antesala era todo el arte que quedaba á los descendientes de los grandes generales de Roma, convertidos en los más intrépidos de los cortesanos.

Durante este reinado de veintitrés años, gozó el imperio de profunda paz y los súbditos reconocidos consideraron al Estado como una gran familia gobernada por el mejor de los padres. Un contemporáneo, Pausanias, hasta quería que se llamara al emperador *Padre del género humano*.

En su deseo de evitar todo ruido, todo movimiento que alterara el buen orden establecido en el imperio por su predecesor, reprodujo la regla de Tiberio para la larga duración de las magistraturas, pero exagerándola. Conservó en sus funciones á los que las ejercían por Adriano, y cuando tuvo que hacer nuevos nombramientos, eligió hombres experimentados y con frecuencia, dice su biógrafo, los conservó en sus puestos hasta su muerte. Así su amigo M. Gabio Máximo, mandó las cohortes pretorianas por espacio de veinte años; Orfito conservó la prefectura de la ciudad tanto como le plugo, pues sólo á su instancia fué reemplazado; algunos gobernadores permanecieron en sus puestos siete, ocho y aun nueve años. P. Pactumeyo Clemente, legado de Cilicia por Adriano, subió al consulado, conservando su mando sin embargo. El emperador dió mayor categoría oficial á la provincia antes que privarse de los servicios del magistrado que mejor conocía sus necesidades.

Esta política era excelente, á condición, sin embargo, de no ir demasiado lejos en esta vía, porque el más activo languidece en funciones siempre iguales: como la vida se extingue en medio de las aguas muertas, la administración en que no se mantiene cierto movimiento de renovación llega pronto á la senectud. El reinado de Antonino nos suministrará acaso la prueba de esta verdad.

El derecho civil le debe mucho, y las Pandectas encierran muchos fragmentos de sus constituciones ó rescriptos. Una es célebre con la denominación de *cuarta Antonina*,



Faustina, esposa de Marco Aurelio (2)

ó reserva establecida en favor del adoptado sobre los bienes del adoptante. En prueba de su espíritu liberal, mencionaremos también la decisión que permite á los hijos de un nuevo ciudadano, cuando no optan por la nacionalidad

(2) Busto encontrado en la villa Adriana. Capitolio, sala de Emperadores, núm. 39.